



NEXOS y
DIFERENCIAS

La violencia y sus huellas

Una mirada
desde la narrativa
colombiana

MARÍA HELENA RUEDA



LA VIOLENCIA Y SUS HUELLAS

Una mirada desde la narrativa
colombiana

MARÍA HELENA RUEDA



Colección Nexos y Diferencias

Estudios de la Cultura de América Latina

Enfrentada a los desafíos de la globalización y a los acelerados procesos de transformación de sus sociedades, pero con una creativa capacidad de asimilación, sincretismo y mestizaje de la que sus múltiples expresiones artísticas son su mejor prueba, los estudios culturales sobre América Latina necesitan de renovadas aproximaciones críticas. Una renovación capaz de superar las tradicionales dicotomías con que se representan los paradigmas del continente: civilización-barbarie, campo-ciudad, centro-periferia y las más recientes que oponen norte-sur y el discurso hegemónico al subordinado.

La realidad cultural latinoamericana más compleja, polimorfa, integrada por identidades múltiples en constante mutación e inevitablemente abiertas a los nuevos imaginarios planetarios y a los procesos interculturales que conllevan, invita a proponer nuevos espacios de mediación crítica. Espacios de mediación que, sin olvidar los nexos que histórica y

culturalmente han unido las naciones entre sí, tengan en cuenta la diversidad que las diferencian y las que existen en el propio seno de sus sociedades multiculturales y de sus originales reductos identitarios, no siempre debidamente reconocidos y protegidos.

La **Colección Nexos y Diferencias** se propone, a través de la publicación de estudios sobre los aspectos más polémicos y apasionantes de este ineludible debate, contribuir a la apertura de nuevas fronteras críticas en el campo de los **estudios culturales latinoamericanos**.

Directores

Fernando Aínsa	Jesús Martín-Barbero
Santiago Castro-Gómez	Sonia Mattalia
Lucia Costigan	Andrea Pagni
Luis Duno Gottberg	Mary Louise Pratt
Frauke Gewecke	Beatriz J. Rizk
Margo Glantz	Friedhelm Schmidt-Welle
Beatriz González	
Stephan	

LA VIOLENCIA Y SUS HUELLAS

Una mirada desde la narrativa
colombiana

MARÍA HELENA RUEDA

Nexos y Diferencias



IBEROAMERICANA · VERYUERT · 2011

© De esta edición: Iberoamericana, 2011

Amor de Dios, 1 — E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22

Fax: +34 91 429 53 97

info@ibero-americana.net

www.ibero-americana.net

© De esta edición: Vervuert, 2011

Elisabethenstr. 3-9 — D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17

Fax: +49 69 597 87 43

info@ibero-americana.net

www.ibero-americana.net

ISBN 9788484896173 (Iberoamericana)

ISBN 9783865276711 (Vervuert)

e-ISBN 978-3-86527-831-9

Depósito legal:

Diseño de cubierta: Carlos Zamora

Diseño de interiores: Carlos del Castillo

Imagen de cubierta: Debora Arango, *El tren de la muerte* (1948)

Acuarela, 77 x 56 cm

Colección Museo de Arte Moderno de Medellín

© Cecilia Londoño de Estrada

Fotografía: Carlos Tobón

The paper on which this book is printed meets the requirements of ISO 9706

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro

Impreso en España

Índice

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

La vorágine y sus rupturas

CAPÍTULO 2

La Violencia: ¿Qué hay en un nombre?

CAPÍTULO 3

Violencia, olvido y justicia en Gabriel García Márquez

CAPÍTULO 4

La violencia “real” de los relatos testimoniales

CAPÍTULO 5

Los varios sentidos del desarraigo

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

Es larga la lista de personas que de una u otra manera contribuyeron al trabajo que aparece en estas páginas. El respaldo de Smith College fue en general fundamental para el desarrollo del proyecto. Agradezco en especial a mis colegas del Departamento de Español y Portugués, por su constante apoyo, y por la lectura cuidadosa de versiones anteriores de este texto. Gracias también al Programa de Estudios Latinoamericanos y a mis estudiantes, principalmente las del seminario sobre ética y violencia.

La primera inquietud sobre el tema de este libro surgió de una conversación hace muchos años con Montserrat Ordóñez, a quien debo gran parte de mi interés por interrogar la literatura y la violencia en

ella. Esa conversación me acompañó durante el doctorado en Stanford, donde comencé a explorar algunos de los conceptos que aquí se expresan. La guía y el aliento que recibí allí por parte de mis profesores y de otros estudiantes graduados fueron fundamentales para mi trabajo. Gracias especialmente a Mary Louise Pratt, Richard Rosa, Lucia Sá, Alicia Ríos, Gordon Brotherson y Jorge Ruffinelli. Tanto en aquella época como en otros momentos, han sido muchas las personas cuyo diálogo ha orientado mi reflexión, entre ellos María Victoria Uribe, Hermann Herlinghaus, Ana María Ochoa, Alfredo Molano, Jesús Martín-Barbero, Elvira Maldonado, Mary Roldán, Juan Manuel Echavarría, Nicolás Wey Gómez, Socorro Tabuena, Víctor Vich y Cristian Alarcón. Un lugar especial para Gabriela Polit-Dueñas, quien en años más recientes se ha convertido en interlocutora fundamental del trabajo sobre temas de violencia en América Latina. Agradezco también a la lectora o lector de Iberoamericana, cuyas sugerencias anónimas me ayudaron a trabajar tantos aspectos de este texto. Finalmente, no hay cómo agradecer bastante a la gente que ha estado ahí desde hace años, amigos como Hugo Chaparro Valderrama y Carolina Alzate, mi mamá y mis hermanos, Andrés, y en especial Adelaida y Emilia, quienes han sido mi base más firme. A ellas está dedicado este trabajo, porque quizás alcancen a ver un tiempo en el que hablar de violencia en Colombia sea referirse tan sólo a una memoria.

INTRODUCCIÓN

Este libro surge de una pregunta sobre los vínculos que existen entre la práctica de la violencia y los relatos en los cuales se narra dicha violencia, en un contexto nacional preciso, el de Colombia. Se basa en una visión sobre la narrativa de la violencia como algo que suscita reacciones y respuestas, y al hacerlo se convierte en parte del mundo donde ocurre la violencia, promoviendo reflexiones, opiniones, juicios y formas de acción. Esta mirada sobre la violencia en la narrativa colombiana se sitúa pues en un punto de permeabilidad constante entre los hechos violentos y la forma como éstos han sido entendidos y narrados. Asume la violencia como un *continuum*, en el que cada acto de agresión deriva de las circunstancias que lo hacen posible, y a la vez tiene múltiples derivaciones en las vidas de las personas y la

configuración general de la sociedad.¹ Los relatos de la violencia se entienden aquí como una parte de dicho *continuum*, procurando acceso a hechos de violencia ocurridos en la sociedad colombiana que rebasan y a la vez reclaman nuestra comprensión.

Además de una situación devastadora y de larga data, con secuelas traumáticas para millones de personas, la violencia en Colombia es una realidad que circula en múltiples relatos que se refieren a ella, en diversos formatos y lenguajes, configurando al respecto no sólo un conjunto de conocimientos, sino también emociones, ansiedades y deseos, que marcan la vida social en el país. Las imágenes, discursos, saberes e historias de la violencia colombiana son parte fundamental de los actos asociados a dicha violencia, y en cuanto tal ofrecen no sólo recursos para entenderla sino también alternativas de participación social en el contexto de la misma. Si la práctica de la violencia se sustenta en patrones de comportamiento asociados con un discurso que la justifica, en el seno de ese mismo discurso surgen también expresiones culturales que la cuestionan y la problematizan. Por esta razón, existe en años recientes un gran interés por entender cómo dichas expresiones ofrecen vías de intervención que erosionan las bases mismas de las prácticas violentas.²

Con similar orientación, mi mirada sobre los relatos que se ocupan de la violencia en Colombia busca indagar hasta qué punto la perspectiva que ofrecen es propicia para una reflexión ética, no con un propósito normativo, por el cual se buscaría la prescripción de conductas aceptables en una comunidad, sino con el

sentido más filosófico que recientemente le otorgan a la ética pensadores como Alain Badiou, refiriéndose con ella a una indagación móvil y adaptativa sobre el origen, los fundamentos y las finalidades del comportamiento humano.³ La lectura de un libro es una experiencia sensorial que nos involucra afectiva e intelectualmente, y sus efectos no se agotan en el momento en que se cierra la última página. Las situaciones que se describen en un texto se entrelazan con las emociones, ideas, eventos y juicios que ocurren fuera de él, mediando nuestra comprensión de las acciones humanas, a nivel individual y colectivo. Esto es particularmente cierto cuando los textos se refieren a la violencia.

Acercarse a un texto en el que se narra una historia de violencia es aproximarse a la violencia misma. Es sin lugar a dudas enorme y muy significativa la diferencia entre leer sobre la violencia y vivirla, tanto en Colombia como en otros escenarios de agresión, pero la mayor parte de las veces es a través de historias narradas como conocemos la violencia. Cuando dichas historias aparecen en un texto, su lectura procura un acercamiento indirecto a la violencia que es estremecedor, y conduce a preguntas muy profundas sobre el origen y el sentido de las acciones de los seres humanos, como individuos y como miembros de una sociedad. Es precisamente en referencia a una sociedad específica, y a los problemas concretos que ésta enfrenta, como la reflexión ética propiciada por el texto adquiere una significación que llega a tener incidencia efectiva sobre la práctica de la violencia.

No hay lugar para falsos optimismos con respecto al poder transformativo que puedan tener los textos donde se narran las historias de injusticia que circulan en una sociedad, como advierte Francine Masiello (2007) en un ensayo reciente sobre la fetichización cultural de la marginalidad en Argentina. El estremecimiento que produce la lectura muchas veces se agota en sí mismo, provocando si acaso una ilusión de compromiso. En la lectura es posible mitificar las violencias, convertirlas en un fenómeno misterioso, temible pero fascinante, algo que invoca la culpa y a la vez la aplaca. Planteo aquí que el difícil paso hacia la reflexión ética se da tan sólo en una mirada que observa críticamente los vínculos del texto con las circunstancias específicas en las que ocurre la violencia. Por esto mi análisis se centra en la lectura de textos de un contexto nacional preciso, que marca de forma definitiva el contenido de los mismos.

Situación de violencia

Hablar de la violencia en Colombia es referirse a una situación catastrófica que ha dejado una larga estela de desolación y desarraigo en muchas comunidades del país, y que se extiende también como una sombra sobre la comunidad nacional en general. Gonzalo Sánchez, quien ha realizado algunos de los más completos y penetrantes análisis al respecto, la ha caracterizado como una situación de guerra endémica y permanente, que ha marcado profundamente la vida de la nación desde la época de la Independencia, y que tuvo su punto crítico en la larga secuencia de

violencias que ocurrieron desde mediados de la década de 1940 hasta comienzos de la de 1960, cuando tuvo lugar el brutal enfrentamiento entre miembros de los partidos liberal y conservador conocido con el ambiguo y problemático nombre de “la Violencia”.⁴ Sánchez (1991) señala que fue ésta una época en la cual se verificó una supresión de lo social político por la vía del sectarismo, llevando a una confrontación en la que el terror invadió todas las dimensiones de la vida. Los horrores de este período quedaron firmemente marcados en la memoria de los colombianos, y sus secuelas aún marcan el conflicto armado que se libra en el país. En referencia a esta situación concreta, a los traumatismos, dislocaciones y problemas éticos que plantea, la turbación que produce un texto toma un sentido que va más allá de la simple fascinación acrítica.

El tema de la ética ha permanecido en general bastante ausente de las reflexiones al respecto, quizás por un temor muy fundado a caer en planteamientos moralizantes que en el pasado promovieron y justificaron la perpetración de actos atroces. Como lo señalara Gonzalo Sánchez, y como lo ha analizado más recientemente Camilo García (2003), gran parte de los horrores que tuvieron lugar durante “la Violencia” fueron precedidos de arengas morales en las que el enemigo, liberal o conservador, era caracterizado como la representación de un mal monstruoso e irredimible, cuyo exterminio (por métodos igualmente brutales) aparecía como única vía aceptable de acción.⁵ Desde esa perspectiva el sólo hecho de vestir de rojo o de azul (los dos colores que servían como símbolo a los partidos enfrentados),

podía ser considerado una afrenta moral por los miembros del otro bando, y justificación suficiente para cometer torturas, violaciones, masacres, cruentos asesinatos y execraciones de cadáveres. El giro hacia la reflexión de tipo sociológico y político sobre el tema, que se dio hacia la década de 1960, ha sido productiva y saludable, permitiendo una mirada muy esclarecedora sobre las estructuras sociales y estrategias de poder que han rodeado las prácticas de la violencia en el país desde hace años.

Enfrentamos ahora, sin embargo, un nuevo escenario en el que los parámetros antes usados para entender estas prácticas no necesariamente se aplican. Por un lado, algunos trabajos recientes señalan en Colombia una actitud “melancólica” en la producción artística e intelectual que se refiere a la violencia, marcada por una suerte de desesperanza e inconformidad generalizada en las referencias a la situación actual de la violencia en el país.⁶ Por otro, las líneas que antes parecían demarcar claramente el ejercicio legítimo o ilegítimo de la violencia se han vuelto borrosas, por la cada vez mayor vinculación del estado en prácticas clandestinas e ilícitas de la misma.⁷ Se multiplican los entrecruzamientos y las estructuras paralelas de poder. Las violencias son en general representadas como riesgos omnipresentes que pueden sin aviso asaltar a cualquiera, como la delincuencia o el terrorismo —dos categorías que denominan formas de violencia drásticamente distintas, pero que en el nuevo contexto tienden a utilizarse de manera intercambiable—, con el énfasis situado en el peligro que implican y el miedo que generan. A este panorama se suma una radicalización

de la polarización ideológica que deriva en lo que Mauricio García Villegas (2009) ha denominado una “lógica de vengadores”, en cuyo marco se dificulta cualquier debate social o político.

Paradójicamente, en medio de esta aparente imposibilidad de alcanzar consenso, participamos también de un contexto global donde desde hace algunos años, y como lo indicara Alain Badiou (1993), se habla con frecuencia de un “retorno a la ética”. Algunas columnas de opinión recientes en Colombia hacen eco de esta tendencia, refiriéndose a la existencia en el país de una “crisis de valores”, o al “desafío ético” que representa aquello que se conoce con el elusivo nombre de “cultura de la violencia”.⁸ Se trata de un llamado cuyos términos sin embargo no son claros. ¿Por qué hablar de crisis en una situación de tan larga duración? ¿En qué manera puede la ética ser “un desafío”? En términos de Badiou, podríamos decir que se trata de una ética en la cual la apelación a la moral se define tan sólo en términos negativos, es decir, como reacción contra un mal nunca especificado, pero siempre presupuesto. Así entendida, la ética se define tan sólo en términos de prescripción y restricción, con lo cual se excluye el aspecto liberador de la misma, aquel que implica la promesa de una vida mejor.

En el contexto latinoamericano, la época que comienza hacia mediados de los años noventa se caracteriza por una sensación generalizada de miedo al presente, e incertidumbre con respecto al futuro, principalmente entre los habitantes de las ciudades, como bien lo señalaran los ensayos incluidos en el importante libro de Susana Rotker *Ciudadanías del*

miedo (2000). Es una época en la cual la violencia se ha convertido en amenaza constante, de tal manera que la realidad cotidiana se ve marcada por el miedo a ser asaltado en cualquier momento. Las difusas referencias a la ética aparecen centradas en nociones del mal, bajo la forma de múltiples peligros que están al acecho, y de los cuales es preciso protegerse, mientras que con las reformas neoliberales se desvanece la noción del estado como marco general de protección. Se enfrenta una situación en la que por una parte cualquiera puede ser víctima o victimario, y por otra se diluyen las responsabilidades, mientras se refuerza la codificación de la agresión en torno a figuras vagamente asociadas con la idea de un peligro latente, definido tan sólo por contraposición a un supuesto consenso sobre la necesidad de defenderse.

Un caso significativo: los falsos positivos

En este panorama no sólo se justifica hasta el extremo toda violencia ejercida contra quienes se identifican con la idea vaga de la amenaza latente, sino que dicha amenaza acaba por volverse necesaria, porque llega a convertirse en la orientación principal de cualquier acto social. Esta actitud tiene consecuencias muy perceptibles sobre el incremento de las prácticas violentas, como bien lo revela en Colombia el caso de los llamados “falsos positivos”, al que me referiré en algún detalle, por considerarlo paradigmático y revelador con respecto a los peligros que involucra esta tendencia a definir el accionar social en torno a la idea del mal.

A finales del año 2008 se dio a conocer en Colombia el aterrador hecho de que miembros de las fuerzas armadas del país asesinaban a jóvenes de barrios marginales, para hacerlos aparecer como guerrilleros caídos en combate. Esto ayudaba a que los militares recibieran una serie de beneficios (ascensos, tiempo libre, bonificaciones), por un problemático esquema del ejército colombiano en el que se mide el buen desempeño según el número de bajas reportadas. Conocido como el escándalo de los “falsos positivos”, este hecho reveló entre otras cosas una serie de problemas inherentes a las políticas de seguridad del Gobierno, que al promover el exterminio del enemigo crearon incentivos para acabar con vidas humanas inocentes. Las presiones de organizaciones humanitarias llevaron a que se retirara del ejército a algunos militares involucrados, pero se sabe que se trataba de una práctica extendida y aceptada, por una lógica en la cual termina siendo necesario producir cuerpos que simbolicen el mal que se combate.

En el contexto actual, una violencia como ésta aún perturba y aterra, pero resulta difícil situarse en el límite donde a la vez inquieta y plantea preguntas profundas, que puedan conducir a un planteamiento ético constructivo. Las explicaciones ante el horror que causaron estas muertes las relacionaban con búsquedas de beneficios por parte de algunos individuos vinculados con las fuerzas armadas, sobre quienes cayó todo el peso de las acusaciones, pero lo que estaba en juego era toda una manera de concebir aquello que es aceptable en términos sociales.⁹ Badiou diría que se trata de una ética basada en la idea del mal, que niega en el ser humano la capacidad

para avanzar en busca del bien, entendido no como una noción abstracta y presupuesta, sino como la fidelidad a una verdad que señala el mejor curso de acción en situaciones concretas

Cuando la ética es determinada únicamente por reacción contra el mal, la acción moral se define tan sólo en términos destructivos, es decir como represión de ese mal, en este caso representado por la guerrilla. De ahí que la presión por exterminar la guerrilla que se vivía en los años anteriores a la época en que estalló este escándalo llevara a estos extremos. En ese sentido resulta muy apropiada la expresión “falsos positivos”, que se le otorgó al fenómeno: en dicho contexto no existe la acción positiva real, tan sólo acciones “falsamente positivas”, como lo son los esfuerzos de exterminio, sean éstos dirigidos a representantes reales o simbólicos del enemigo.

La única forma de acción moral “positiva” a la que parece tenerse acceso es la compasión por las “víctimas”. Muchas veces, sin embargo, y como se evidenció en este caso, las “víctimas” se confunden hasta tal punto con el enemigo, que terminan por ser intercambiables. En los imaginarios culturales de nuestro tiempo, tanto quienes representan el mal que se combate como sus víctimas aparecen en general vinculados a sectores sociales definidos como marginales, como lo ha analizado en detalle Rossana Reguillo (2000) en sus estudios sobre la dinámica de los miedos en las ciudades. En los sectores marginales se sitúa el límite de un orden social que se asume consensuado. Los habitantes de dichos sectores representan el límite que define dicho orden, a la vez como protector y como urgido de protección, de ahí

que sean definidos a la vez como víctimas y como victimarios sociales.

En el libro *Violence Without Guilt: Ethical Narratives from the Global South* (2009) Hermann Herlinghaus reflexiona sobre las posibilidades de una ética de resistencia en narrativas latinoamericanas que hablan desde y sobre los conflictos que se viven en dichas zonas marginales, asociadas a la práctica del narcotráfico. Su análisis comienza haciendo referencia a la forma como el mundo actual construye marginalidades afectivas, las cuales se tornan en mecanismo de regulación y control social por parte de los sectores hegemónicos. Mediante la proyección de los miedos hacia dichas marginalidades, en el mundo globalizado se diluye la ética en una función de manejo de la culpa, mediante una creación de afectos con respecto a la marginalidad social, que tiene connotaciones religiosas. En una especie de cruzada, cuya función última sería la contención del orden social mediante la consolidación de sus límites en el miedo, los habitantes de la esfera imaginaria de lo marginal son percibidos a la vez como mártires y delincuentes, amenazados y amenazantes.¹⁰

Los muchachos involucrados en el caso de los “falsos positivos” pasaron de hecho muy rápidamente del papel de delincuentes al de mártires, transformados primero en representaciones del enemigo que se busca exterminar y luego en víctimas inocentes del sistema que los situó en esa posición. Después de que se dio a conocer públicamente la larga secuencia de matanzas, lo que siguió fue una referencia reiterada en los medios a las historias de los jóvenes asesinados, en la que se reforzaba una

mirada afectiva sobre las circunstancias que habían conducido a sus asesinatos. Paradójicamente se enfatizaba tanto el hecho de que habían pasado toda su vida en condiciones de pobreza y desamparo, como su potencial criminalidad, con constantes alusiones a que fueron atraídos a su destino fatal con promesas de dinero fácil en negocios ilegales.¹¹

Las historias de las víctimas tienen una importancia política y judicial que no puede desconocerse. En el caso de estos muchachos, por ejemplo, fue a través de las denuncias presentadas por los familiares de un grupo de ellos como salió a la luz esta secuencia de crímenes.¹² Sus historias tuvieron, por cierto, una clara incidencia política sobre las acciones del Gobierno de Álvaro Uribe Vélez y las de la institución militar, precedida por el ministro de defensa de la época, Juan Manuel Santos, quien se convirtió en presidente de Colombia en 2010. El problema reside en que el énfasis en la victimización, tanto de los familiares como de los jóvenes asesinados, refuerza su marginación y una visión sobre ellos como personas sin capacidad real para actuar en tanto agentes sociales, como no sea conformándose a un patrón definido de antemano, y en el cual no tienen ninguna opción real de bienestar.

Tal como lo señala de forma muy elocuente la filósofa brasileña Marilena Chauí (1999), en un ensayo sobre ética y violencia: “La victimización hace que la acción se concentre en las manos de quienes no sufren, de quienes no son víctimas y que deben traer, desde afuera, la justicia para los que no la tienen. Estos, por lo tanto, pierden su condición de sujetos éticos propiamente dichos” (34). La opción, discutida

tanto por Chauí como por Badiou, reside en replantear las presunciones éticas que subyacen a este tipo de comportamientos, y principalmente reforzar la idea de todo ser humano como agente ético, es decir, como ser racional, libre y responsable, capaz de actuar de forma autónoma, guiado por nociones de justicia y virtud que le beneficiarán como individuo y como miembro de una sociedad.

Pero no se trata aquí de plantear una revisión de categorías filosóficas, sino de resaltar hasta qué punto detrás de un acto de violencia hay siempre una compleja estructura moral, política e ideológica que lo hace posible, y de cómo otro tipo de estructura podría llevar a un desarrollo totalmente distinto de los hechos. No basta con señalar culpables, pues aunque sea importante hallarlos y buscar justicia, resulta necesario ir más allá de estos juicios, para entender la lógica que conduce al crimen. Los militares involucrados en ese horror, por ejemplo, se encontraban inmersos en un entramado social que justificaba sus acciones, aunque terminara condenándolas.

Dicho entramado implicaba múltiples factores. Para empezar, se basaba en una combinación de presiones generadas tanto por la obsesión con el triunfo sobre el enemigo, como por un deseo de acceder a ciertos bienes de consumo, que promovía en los soldados el afán por reportar cifras altas de guerrilleros muertos. El inflamiento de estas cifras, por otra parte, le otorgaba al ejército colombiano la admiración de varios sectores de la opinión pública nacional e internacional. Dicha respuesta se originaba en parte, además, en una reacción muy comprensible ante el

crecimiento de las amenazas y los miedos asociados con la actividad guerrillera.

Si a ello le sumamos las condiciones de desamparo y miseria en la que vivían los jóvenes que fueron asesinados, y su situación de extrema vulnerabilidad, vemos que la violencia de este episodio se relaciona con una compleja red de factores ideológicos, políticos, económicos, afectivos y morales, todos ellos con un efecto muy concreto sobre el curso de los hechos.¹³ Sólo tomando en cuenta este panorama general se puede interrogar la dimensión ética de lo ocurrido, entendiendo el curso de acción tomado como uno entre muchos posibles, dentro de un contexto social específico.

Lo que ofrece la literatura

Mi interés en la lectura de autores que han narrado la violencia en Colombia se dirige a la forma como sus historias observan esas estructuras que subyacen a la violencia, desde una perspectiva que es ética porque nos confronta con preguntas generales sobre las motivaciones y las consecuencias de los actos violentos en una sociedad particular. Así como la historia de los “falsos positivos” plantea una serie de problemas relacionados con un contexto temporal y geográfico preciso, las historias de violencia narradas en los libros que comprenden mi análisis ponen en contacto con dilemas éticos referidos a circunstancias y personajes concretos.

Busco plantear que la narrativa literaria o testimonial sobre hechos de violencia recrea aquello

que Alain Badiou llamara “la situación”, es decir esa instancia donde se define lo que constituye una acción ética. En su muy conocido libro *L'éthique: Essai sur la conscience du mal* (1993), Badiou señala: “No hay una ética en general. Sólo hay —even-tualmente— una ética de procesos en los cuales se manejan las posibilidades de una situación” (2002: 16; traducción mía).¹⁴ Cuando una obra literaria presenta dilemas de tipo ético, lo hace en referencia a las situaciones específicas en las que están involucrados sus personajes. Si dichas situaciones implican violencia, ésta aparece en general vinculada a una serie de procesos sociales que están más allá del texto. El contacto con ese texto puede procurar una mirada sobre dichos procesos y plantear preguntas con respecto al comportamiento de los seres humanos involucrados en los mismos.

Con esta mirada se busca en los textos literarios algo más que una aproximación de tipo sociológico o antropológico a la violencia y sus manifestaciones. Ese tipo de acercamiento, que resulta provechoso en algunos casos, tiene sin embargo el problema de asumir una cierta transparencia del texto, es decir, una capacidad del mismo para presentar los problemas sociales tal como se dan en la realidad. Dicha perspectiva no siempre tiene en cuenta las trampas que tiende el texto literario a sus lectores, la forma como los seduce o los engaña, con estrategias que aumentan el placer de la lectura.

Tampoco se trata de pensar en los textos como paradigmas morales, que promueven comportamientos nobles o reprobables. Este tipo de lectura, común en ciertas escuelas literarias